

**EL QUIJOTE COMO VENTANAL
DEL MUNDO RELIGIOSO
ESPAÑOL E HISPANOAMERICANO DE SU TIEMPO¹**

***THE NOVEL “DON QUIXOTE” AS PICTURE WINDOW
OF THE RELIGIOUS WORLD
FROM SPAIN AND LATIN AMERICA OF ITS TIME***

José Antonio Benito Rodríguez (*)

Recibido: 6 de junio 2018

Aceptado: 12 de junio de 2018

1. INTRODUCCIÓN “¡Y ENTRE TANTO QUE PUGNABA POR LEVANTARSE!”
2. UN CENTENARIO FRUCTÍFERO
3. APUNTES BIOGRÁFICOS ACERCA DE CERVANTES
4. EL CONTEXTO RELIGIOSO DEL QUIJOTE
5. ESPIRITUALIDAD ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA
6. CONCLUSIÓN: CUANDO LA REALIDAD SUPERA A LA FANTASÍA VALE UN PERÚ
7. BIBLIOGRAFÍA

¹ Comunicación en el Congreso Internacional ‘Cervantes, su obra y su tiempo. Cuarto centenario (1616-2016), 18 de diciembre 2016, Pamplona, Universidad de Navarra. La primera versión se presentó en versión oral y electrónica en “El Quijote y la espiritualidad de su tiempo” QUIJOTES. DISCURSOS, RELECTURAS, TRADICIONES. *Actas del Coloquio de la Asociación Peruana de Literatura Comparada* (Biagio D’Angelo, org.) UCSS, Lima, 2006, pp. 244-266. Publicado en Revista Catechumenium 17, Lima, enero-junio 2011, 113-132.

* CEPAC-UCSS, Lima (Perú) jbenito@ucss.edu.pe

1. INTRODUCCIÓN “¡Y ENTRE TANTO QUE PUGNABA POR LEVANTARSE!”

Don Quijote “es un héroe profético, para personas y tiempos en que parece imposible mantener un ideal, aquellos en que una tristeza espiritual propicia el desaliento generalizado. Pero no es menos cierto que a quien le entra hasta tocar el alma, es una obra que nunca se le separa de sus inquietudes”.²

Por su parte, J.L. Juan Luis Alborg ahonda esta primera reflexión indicándonos que “*Cervantes, el soldado de Lepanto, admirador de don Juan de Austria y orgulloso de haber participado en la más alta ocasión que vieron los siglos, hombre del espíritu de la época del Emperador; escribe el Quijote en ese momento de amargura en que España se siente ya arrastrada por su propio fracaso; y si su libro no es un grito desesperado es porque lo redime y salva el prodigio del humor cervantino que comprende y endulza toda pesadumbre y hermana el mundo heroico y el bajo en el abrazo de sus dos inmortales figuras*”.³ Ciertamente, pero a mí me parece que más allá de este sentido del humor, o más en el fondo, lo que le eleva es su gran esperanza. Es precisamente la esperanza de vivir y de realizar el bien y la justicia sobre la tierra la que fundamenta su vida. Don Quijote nunca llega a la desesperación: anticipación anti-natural del fracaso, cuando se desvanece -porque no llega a morir- en el cerebro de Alonso Quijano, asciende -con toda su permanencia ideal- a los senos eternos del arte.

El filósofo Andrés Jiménez nos da claves de sentido vital para nuestro tiempo a la luz de la obra:

¿Es posible combatir frente a un mundo cruel en el que triunfa la codicia, donde los pícaros de la más alta y la más baja estofa se ríen de la virtud, la dignidad humana y la justicia?, ¿con qué armas y convicciones?, ¿es aún posible la verdad y un amor honesto?... ‘En un lugar de la Mancha...’ empezó con decisión, y con decisión siguió un par de horas hasta que se le acabó la tinta y el sol dejó de iluminar. Las ideas iban cobrando forma, brotaban las historias y ocurrencias, las aventuras, las reflexiones... Un sorprendente e ingenioso sentido del humor y una honda mirada cristiana, dieron calado y figura al prodigio, frontera entre dos épocas”.

(<http://www.equipoagora.es/Cervantes-y-Shakespeare-dos-miradas-ante-el-drama-humano-Pf11.html>).

Augusto Tamayo Vargas dirá que para “los hombres que vivimos este girar trágico de los acontecimientos de hoy, don Quijote es —a cada momento— nuestra esperanza y el remozar de nuestras aspiraciones”. (TAMAYO, 1948: 30). Sobre las ruindades de la vida, nuestro caballero andante pone siempre el ideal. Una fe inquebrantable en el bien, en el triunfo de la justicia, en el valor de

² Santiago Arellano: <http://www.equipoagora.es/Que-hace-aqui-Don-Quijote-A220.html>.

³ Historia de la literatura española II, Gredos, Madrid, 2ª ed. 1983, p.180.

la voluntad y en la nobleza del sacrificio le guían siempre. Como auténtico varón, Don Quijote proclama sus deberes: «matar en los gigantes a la soberbia; a la avaricia y envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por tildas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos pueden hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros». Aunque fracase mil veces, Don Quijote no altera su regla: su fuerza al servicio del bien. De esta manera, convierte cada fracaso en triunfo de la conciencia.

Fernando Rielo lo expresa correctamente en *Teoría del Quijote. Su mística hispánica*: “Cervantes hizo señora a la esperanza, e hizo más, darle nombre: Dulcinea. El Quijote es, en este sentido, una teología novelada de la virtud de la esperanza cristiana frente a las alucinaciones y tragedias de este mundo”. (RIELO, 1989: 67)

Para adentrarnos en el personaje y en el objetivo del artículo –la espiritualidad española e hispanoamericana en tiempos de Don Quijote- recordemos algunos gestos del espíritu caballeresco e ideal de cruzada. El mundo de los conquistadores traslada el mundo de los caballeros andantes a América. Baste con pensar en sus “bautizos” geográficos: la región de California, por la reina Calefas; el río Amazonas por el mito de las bellas y heroicas mujeres guerreras... Hubo un conquistador, de nombre Pedro de Ledesma, con el cargo de piloto en la expedición de Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata. Agonizante y con los sesos al aire, hizo huir a los indios gritándoles: “¡Pues si me levanto! Y con sólo aquello botaban a huir, como era un hombre fiero, de cuerpo grande y la voz gruesa”- rezan las crónicas.

¡Cómo recuerda al gesto heroico del Quijote mantenido con unos mercaderes!:

!Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo: non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva, atended que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido! (Parte I, cap.IV)

Recordemos la teatralidad de los marineros al desembarcar, de los conquistadores al tomar posesión de un territorio, de los adelantados y exploradores al nombrar accidentes geográficos nuevos para ellos...La obra que nos congrega y que estamos comentando está plagada de gestos de este tipo: la ceremonia de armarse caballero, el confundir los molinos con gigantes, la venta que es castillo, la fea aldeana Aldonza convertida en la sin par Dulcinea...Lo minúsculo, lo ordinario es transfigurado y magnificado a extremos insospechados.

Otro aspecto es cómo la lectura se presenta como semilla que fructifica en un cambio decisivo en las personas, en las que provoca una conversión. Dos ejemplos bien significativos los encontramos en Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola. En ambos, como en Don Quijote, la lectura opera de forma radical. Tanto que el santo fundador de la Compañía de Jesús llega a exclamar, al

concluir su lectura de libros de santos: “Si ellos lo hicieron, yo también puedo hacerlo”. Y así fue. El caballero Íñigo, ante la Virgen de Monserrat, se arma caballero andante a lo divino.

En el Quijote y en todas las obras cervantinas alienta la más sincera y profunda inspiración cristiana y católica:

“La misma cruzada vencedora fue la que realizó Ignacio, al menos mientras iba de su país a otro como caballero andante de su idea y en tanto no vio firmemente avanzada su obra. Idéntico heroísmo en el padecer por un alto ideal es el que Teresa manifiesta cuando desde la celda toledana donde estaba detenida escribe a Juan de Jesús Roca: ‘Las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religión son regalos y mercedes para mí’. Los tres luchan en valiente y firme combate con la sociedad, con los hábitos inveterados y con la rutina... Los que no sean de ellos o les compadecen o les hacen servir de tema de mofa, les injurian o los vapulean. Como Cristo, sólo parecen encontrar cariño entre los pobres, los oprimidos y los pecadores públicos”. (PFANDL 1933: 325)

Es el mismo caso del soñador Cristóbal Colón: Quiere llegar al paraíso, cree que ha llegado, se siente el portador de Cristo-Crisóforo. Sus prácticas religiosas eran estrictas, hasta el punto de que se le hubiese tomado por miembro de una orden monástica, tanto en lo que concierne al ayuno como a los rezos. Jamás escribía sin caligrafiar en cabeza ‘Jesus cum Maria sit nobis in via’.

El ambiente popular de cruzada que reina en Castilla es evidente en la escena de los niños. Teresa de Cepeda y Ahumada (la futura santa) y su hermano Rodrigo, quienes sin cumplir los diez años son detenidos porque iban a ser descabezados a tierra de moros para ganar muy presto el cielo. Es el espíritu santamente ambicioso de Francisco Javier, misionero en el Japón, quien tenía como divisa: “Más, más y más”.

Tal ambiente lo recoge magistralmente el texto “El Caballero de la Virgen” del socarrón y mago de nuestra lengua Ricardo Palma en sus “Tradiciones Peruanas”:

Hacia 1640, en la bulliciosa Lima virreinal, hervidero también de portugueses judaizantes, vivía un hombre de baja estatura, de nombre Don Juan Manrique que se hacía descender de uno de los siete infantes de Lara. Pues resulta que un día que estaba la ciudad congregada en la plaza Mayor a las doce del día, se presentó nuestro hombre con caparazón morado y blanco, recamado de oro, estribos de plata y pretal de cascabeles finos, cabalgando un ágil caballo. El jinete relucía con armadura de acero, gola, manoplas, casco borgoñón, con gran penacho de plumas y airones y embrazaba adarga y lanzón, ciñendo alfanje de Toledo y puñal de misericordia con punta buida. Visible en el pecho, una banda blanca cruzada con letras de oro, destacaba esta divisa: El caballero de la Virgen. El pueblo, sorprendido por el gesto de tal jinete en tan brioso corcel, aplaudió al verle entrar y detenerse frente a palacio. Nuestro nuevo Quijote con cuerpo de Sancho frenó con elegancia el caballo, alzó la visera y lanzó con fuerza el siguiente pregón:

¡Santiago y Castilla! ¡Santiago y Galicia! ¡Santiago y León! Aquí estoy yo, D. Juan Manrique de Lara, caballero de la Virgen, que reto, llamo y emplazo a mortal batalla a todos los que negasen que la Virgen María fue concebida sin pecado original. Y así lo mantendré y haré confesar, a golpe de espada y a bote de lanza y a mojiçón cerrado y a bofetada abierta, si necesario fuese, para lo cual aguardaré en vigilia en este palenque, sin yantar ni beber, hasta que Febo esconda su rubia caballera. El judío que sea osado, que venga, y me encontrará firme mantenedor de la empresa...! Santiago y León! Y arrojó el guante sobre la arena de la plaza. El pueblo, que no esperaba esta pepitoria de los romancescos caballeros andantes, vitoreó con entusiasmo. Ni que el campeón hubiera sido otro Pentapolín, el del arremangado brazo...Don Juan Manrique permaneció ojo avizor sobre las cuatro esquinas de la plaza, esperando que asomase algún malandrín infiel a quien acometer lanza en ristre. Pero sonaron las seis de la tarde y ni Durandarte valeroso, ni desaforado gigante Fierabrás, ni andariago embreado, ni encantador follón se presentaron a recoger el guante. El dogma de la Inmaculada Concepción quedaba triunfante en Lima...D. Juan se volvió a su casa acompañado de los vítores populares. Desde ese día quedó bautizado con el mote de "El caballero de la Virgen".

2. CENTENARIOS FRUCTÍFEROS

Sea con motivo de su primera edición (2005) o de la muerte del autor (2016), se han acometido iniciativas mil en todos los puntos del planeta, especialmente en España. Congresos, cursos, exposiciones, conferencias, publicaciones, películas... Una muestra: el 28 de setiembre del 2005 informaba la agencia Zenit acerca de una «universidad flotante» tras las huellas de Cervantes en la audiencia con Benedicto XVI El Papa saludó a los profesores y universitarios españoles que han hecho escala en Roma, en el viaje en barco que realizan tras las huellas de Miguel de Cervantes hasta llegar a Lepanto. Al final de la audiencia, celebrada en la plaza de San Pedro del Vaticano, el presidente de la Universidad Camilo José Cela (UCJC), Felipe Segovia, intercambió unas palabras con el pontífice y le entregó una medalla conmemorativa del cuarto centenario de «El Quijote». Este proyecto de «universidad flotante», con treinta estudiantes universitarios becados por la UCJC a bordo del bergantín goleta Amorina, está recreando la travesía que en 1571 realizó Cervantes. Durante los 21 días de la travesía, que partió el 17 de setiembre de Almería, estos alumnos estudian Literatura, Humanidades, Historia y Náutica, y realizarán escalas, Nápoles, Lepanto (hoy Patras, Grecia) y Atenas. Según ha explicado a Zenit Jesús Arribas, presidente de la Sociedad Cervantina, director de la travesía, la iniciativa, en la que se enmarcaba el encuentro con el Papa, pretende ser como una «inyección fuerte» que estimule a los jóvenes universitarios «a conocer la cultura y la historia», que conforman el patrimonio humanístico de España y Europa. En la tarde de este miércoles, el embajador de España ante la Santa Sede, Jorge Dezcallar, ofreció una recepción oficial en la histórica sede de esa representación diplomática, en la Plaza de España, para presentar en presencia de los jóvenes este proyecto, que tiene por lema «La más alta ocasión».

A todos nos ha ayudado a leerlo nuevamente. Un gran manchego y gran maestro, además de amigo personal, don Tomás García de la Santa, termina su artículo sobre La Mancha y Don Quijote: con estas palabras:

“Leyéndolo, no sólo conoceremos mejor y amaremos más a la Mancha sino que al contacto del humanísimo espíritu de Cervantes (a quien, pese a sus desgracias, nunca la envidia le amarilleó la color; ni la pena pudo ensombrecer su limpio, claro y cariñoso mirar) nos sentiremos elevados y ennoblecidos y sentiremos más puro y alentador el soplo del ideal al que nunca renuncia el corazón humano. Nuestro Cervantes puede y debe ser amigo y compañero, inspirador y confidente entrañable”. (GARCÍA, T. 2005: p.6)

Al millón de participantes en el meeting de Rímimi del 2005 les inspiró el valor de la libertad. Cervantes había pasado cinco largos años de cautiverio en Argel, lo que agudizó, sin duda, su sentido de la libertad de forma radical, hasta convertirla a sus ojos en el bien más preciado:

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”. (II, 58)

León Felipe recreó en su poema “Vencidos” su lamento y su eterno recomenzar:

*“Por la manchega llanura, se vuelve a ver la figura de Don Quijote pasar...Y ahora ociosa y abollada va, en el rucio la armadura y va ocioso el caballero, sin peto y sin espaldas, va cargado de amargura...que allá encontró sepultura su amoroso batallar...Ponme a la grupa contigo caballero del honor, ponme a la grupa contigo pastor: Por la manchega llanura se vuelve a ver la figura de Don quijote pasar”.*⁴

J. M. Eguren dirá que Cervantes “trazó un símbolo inefable, el más excelso de todos los símbolos vivientes: el símbolo del espíritu. Su Quijote fue grande a cada prueba. La galantería y el valor, la nobleza del alma y el amor: las virtudes poéticas supremas. ...Cervantes no fue un imaginero; su fantasía, que tuvo tanto del hombre, era sintética; sus descripciones son dinámicas, procede por arranques como Beethoven; fue un incomparable lírico en la hondura del amor, del misterio y de la vida”.⁵

Don Miguel de Unamuno, peleando siempre por la inmortalidad, nos brinda páginas eternas en su *Vida de Don Quijote y Sancho* recreando el momento de la muerte de Don Quijote y cómo resucita –de algún modo- en Sancho:” Y si la bondad nos eterniza, ¿qué mayor cordura que morir? «Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno»; muere a la locura de la vida, despierta de su sueño... ¡Oh, heroico Sancho, y cuán pocos advierten el que ganaste la cumbre de la locura cuando tu amo se despeñaba en el abismo de la sensatez y sobre su lecho de muerte irradiaba tu fe, tu fe, Sancho, la fe de ti, que ni has muerto ni morirás! Don

⁴ Revista ESTAR N° 190, Abril 2005, Madrid 2005, Citado por S. Arellano “¡Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo...!”, p.2

⁵ (Perú, 1874- 1942). Publicado en *La Prensa* del 23 de abril de 1931 en *Obras Completas*. (Mosca Azul, Lima, 1974)

Quijote perdió su fe y murióse; tú la cobraste y vives; era preciso que él muriera en desengaño para que en engaño vivificante vivas tú”. (UNAMUNO 1904: Cap.74)

Leer esta obra inmortal nos va a reportar decisivos frutos: gustar de su belleza literaria y asimilar sus valores en estos tiempos tan o más recios que los del Quijote.

3. APUNTES BIOGRÁFICOS ACERCA DE CERVANTES

Su niñez transcurrió quizás en Valladolid y parece que estudió en Salamanca y Sevilla por las reminiscencias de ambas ciudades encontradas en sus obras. Se le ha llamado ingenuo lego, sin títulos, pero sin que ello signifique que no tuviera cultura humana, pues la suya fue auténtica cultura adquirida con la vida, con los viajes, con el trato y conversación de gentes y de mundos. Entre todas las tierras extrañas que visitó amó sobremanera *la vida libre de Italia*, donde estuvo en el séquito del Cardenal Aquaviva. Entonces Italia era la cuna y el centro del Renacimiento, la patria soñada de los humanistas, artistas y literatos. Allí amó a Roma «por sus despedazados mármoles, enteros y medias estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes».

Se alistó en el ejército en 1569 y el 7 de octubre de 1571 peleó en la batalla de Lepanto «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros». En aquel glorioso combate, al decir de un testigo presencial, «el dicho Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura, y... su capitán y... otros muchos amigos le dijeron que pues estaba enfermo... que se estuviese quedo, abajo en la cámara de la galera, y el dicho Miguel de C. respondió que qué dirían dél... e que más quería morir peleando por su Dios y por su Rey, que no meterse so cubierta». Y allí quedó herido, perdiendo el movimiento de la mano izquierda, fea herida, pero que a él le enorgullecía. Tomó luego parte en otros combates hasta que en 1574 saliendo de Nápoles para regresar a España. En la galera Sol fue apresado por corsarios turcos y llevado a Argel donde en cinco años, como él dice, «aprendió a tener paciencia en las adversidades».

Las posteriores y grises etapas de su vida rezuman a cada instante esta sabiduría. Allá en Argel intentó cien veces la fuga, sostuvo el ánimo de sus compañeros de cautiverio, hizo frente a la barbarie turca sin temor a los crueles castigos acabando por hacerse respetar. Hasta que el trinitario fray Juan Gil le rescató y pudo salir para Valencia el 24 de octubre de 1580. En este instante comienza un nuevo período de la vida de Cervantes. Al arrojo heroico, a las aventuras, a las hazañas de la guerra y a las inclemencias del cautiverio, suceden la estrechez y las privaciones, la mísera y monótona solicitud de cargos y favores, los sinsabores familiares y las dificultades con la justicia. Cervantes, como su máximo héroe, combate incansablemente por ideales que no verá realizados. Vive en Madrid sin lograr la gloria literaria, ni el amor y la dicha familiares. Cruza una y otra vez la Mancha, conoce en Sevilla el ambiente picaresco de Monipodias y rufianes y sufre prisión. En la prisión bosqueja el plan del Quijote; en Valladolid y en Madrid pasa apuros, sufre desgracias, vive a trompicones.

Son los últimos años de su vida, los más fecundos literariamente, coronados por su serena suerte: «El 23 de abril de 1616 murió Miguel de Cervantes Saavedra, casado con doña Catalina de Salazar, calle del León. Recibió los santos sacramentos de mano del licenciado Fco. López. Mandóse enterrar en las monjas Trinitarias. Mandó las misas del alma —y lo demás a voluntad de su mujer, que es testamentaria, y al Lcdo. Francisco Martínez, que vive allí». Tal reza la partida de defunción en la parroquia de S. Sebastián. Poco se sabe con certeza de su formación religiosa en la niñez y juventud. Fue discípulo de gramática del sacerdote Juan López de Hoyos, en el Estudio costeado por el Consejo de la Villa de Madrid. El trato de Cervantes con el docto sacerdote hubo de ser muy corto, puesto que éste entró como preceptor en el Estudio el 15 de enero de 1568, y ese mismo año Cervantes debió marchar a Italia, donde ciertamente residía en 1569. Se da por seguro que, ya sea en Valladolid o, ya sea en Sevilla, Cervantes cursó en un colegio de jesuitas, donde sin duda, aprendió el latín que luego muestra conocer, y donde oyó los sabios y prudentes consejos de los que hace encendido elogio en *El coloquio de los perros*.

Entre las fuentes literarias de su formación ascética, él mismo menciona en *El Quijote* a fray Cristóbal de Fonseca, agustino, en su libro *Tratado del amor de Dios*, y al dominico fray Felipe de Meneses en su obra *Luz del alma*. Cervantes pensaba que «la pluma es la lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos», como dice don Quijote al Caballero del Verde Gabán (II, 16). En todo caso, lo que sabemos de la vida de Cervantes nos lo muestra fiel creyente y fervoroso practicante de la religión católica. Antonio de Sosa, testigo presencial de la batalla de Lepanto cuando Cervantes tenía 24 años, dice: «El dicho Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura; y su capitán y otros muchos amigos le dijeron que, pues estaba enfermo, que se estuviese quedo abajo, en la cámara de la galera, y Miguel de Cervantes respondió que «qué dirían dél e que más quería morir peleando por su Dios y por su Rey que no meterse so cubierta».

El mismo Antonio de Sosa, compañero de cautiverio en Argel, testifica que Cervantes, entre 1575 y 1580, «se ocupaba muchas veces en componer versos en alabanza de Nuestro Señor, y de su bendita Madre, y del Santísimo Sacramento, y otras cosas santas y devotas, algunas de las cuales comunicó particularmente conmigo, y me las envió que las viese». Desde 1609, Cervantes perteneció a la *Congregación de Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento*, fundada el 30 de noviembre de 1608 por fray Alonso de la Purificación, trinitario descalzo, y don Antonio Robles Guzmán, gentilhombre de Felipe III y su aposentador. La partida y asiento de su ingreso, firmada por el propio Cervantes, figura en el libro I, folio 12, en el Oratorio del Olivar de Madrid: «Recibióse en esta Santa Hermandad por esclavo del Santísimo Sacramento a Miguel de Cervantes, y dijo que guardaría sus santas Constituciones, y lo firmó en Madrid, a 17 de abril de 1609. Esclavo del Santísimo Sacramento, Miguel de Cervantes».

En el lecho de muerte, tres semanas antes de su fallecimiento, profesó Cervantes en la Venerable *Orden Tercera de San Francisco*. El 8 de junio de 1609 reciben el hábito su hermana Andrea y su mujer Catalina de los Palacios, profesando luego, respectivamente, el 10 de enero de 1610 y el 27 de junio de ese mismo año. No se sabe cuándo Cervantes solicitó el ingreso y obtuvo el hábito; pero el 2 de abril de 1616 profesó «en su casa por estar enfermo». Al morir (el 23 de abril de 1616) recibió los santos sacramentos. En el libro de defunciones de la parroquia de San Sebastián, de Madrid, correspondiente a esa fecha, se lee: «En 23 de abril de 1616, murió Miguel Cervantes Saavedra, casado con doña Catalina de Salazar, calle del León. Recibió los Santos Sacramentos de mano del licenciado Francisco López. Mandóse enterrar en las monjas trinitarias. Mandó las misas del alma y lo demás a voluntad de su mujer, que es testamentaria, y al licenciado Francisco (Martínez), que vive allí».

Don Quijote ofrenda su sangre y su vida a la conquista de un ideal. Tiene conciencia de su misión: «Has de saber, Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada o de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos hechos» (Cervantes I: XX). Cree en la Providencia: «Mas con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tanto en su servicio como andarnos, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos».

4. RELIGIOSIDAD DEL QUIJOTE

Conocidas son las abundantes profesiones de fe y religiosidad que Cervantes coloca en labios de los personajes de *El Quijote*, como hace en el resto de sus obras con frecuencia.⁶ Sancho dice creer «firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana» (II, 8). Y en el mismo capítulo, don Quijote le dice a Sancho: «Nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos». (II, 8)

Tras la aventura del cuerpo muerto, en la que don Quijote hirió a un clérigo, protesta el hidalgo: «Yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy» (I, 19). En su discurso a los del pueblo del rebuzno, don Quijote afirma que, de las «cuatro cosas» por las que se «han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas, la primera (es) por defender la fe católica». (II, 27)

⁶ Salvador Muñoz Iglesias *Lo religioso en el Quijote*. Estudio Teológico de San Ildefonso del Seminario Conciliar, Toledo, 1989.

No se concibe esta obra sin acudir a la Biblia. Salvador Muñoz Iglesias ha estudiado las referencias bíblicas del Quijote, encontrando más de 80, 49 del AT (libros históricos y sapienciales) y 36 del NT (32 de los evangelios, y el resto de Hechos y epístolas). “La presencia de pasajes o expresiones relativas a los libros deuterocanónicos (Eclesiástico, Sabiduría, Epístola de Santiago) que no admiten los protestantes, así como la interpretación tradicional de sus citas o alusiones, excluye cualquier sospecha de influencias luteranas en Cervantes”. (Muñoz 1989: 67)

No especifica Cervantes en *El Quijote* el contenido de la fórmula genérica que pone en boca de Sancho: «Creo... firme y verdaderamente, en Dios y en todo aquello que tiene y enseña la santa Iglesia católica romana» (II, 8). Pero cuando se editaba esta segunda parte de *El Quijote*, «estaba ya acabando» –según escribe en el prólogo– la que había de ser su obra póstuma, *Los trabajos de Persiles y Segismundo*, publicada en 1617, donde escribe dos profesiones de fe que con razón han sido consideradas resúmenes de la fe católica tridentina. Dos cosas destacan en estos pasajes: el conocimiento más allá de lo normal que Cervantes muestra tener de las principales verdades de nuestra fe y el cálido fervor que manifiesta al profesarlas o exponerlas.. Para Castro, ese estilo de Cervantes, ambiguamente hipócrita, era típico de la Contrarreforma, como había afirmado, antes que él, Ortega y Gasset.

Conviene destacar la vivencia de la comunión en Don Quijote y Sancho, quienes rompen las ataduras del individualismo. Juana Sánchez-Gey afirma que Don Quijote vive la conciencia extática para ser creador de mundos nuevos, “que le permite ser creador de mundos nuevos conocerse, intimarse para hallar “la originaria presencia que nos constituye”. (SÁNCHEZ-GEY 1997: 403)

Las inquietudes renacentistas de su tiempo son articuladas por Cervantes en el catolicismo, entendido y sentido con evidente autenticidad. Cervantes veía en la religión católica el nervio y origen de nuestra civilización. La verdadera valentía tenía su manantial en la religión. Viendo Don Quijote la imagen de San Jorge puesto a caballo, dijo:

- *Este caballero fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina, llamóse San Jorge, y fue además defensor de doncellas. Veamos esta otra. »Descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martín, puesto a caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote, cuando dijo:*
- *Este caballero también fue de los aventureros cristianos, y creo que fue más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver; Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre y le da la mitad, y sin duda debía ser entonces invierno; que si no él se la diera toda, según era de caritativo. »No debió de ser eso -dijo Sancho-, sino que se debió de atender al refrán que dice: ‘Que para dar y tener, seso es menester’. »Riese Don Quijote y pidió que quitasen otro lienzo debajo del cual se descubrió la imagen del Patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y, en viéndola, dijo Don Quijote:*
- *Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo: este se llama don Santiago Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo.*

- *Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubría la caída de San Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en retablo de su conversión suelen pintarse. Cuando le vido tan tal vivo, que dijera que Cristo le hablaba y Pablo respondía:*
- *Este -dijo Don Quijote- fue el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios Nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás; caballero andante por la vida, y santo a pie quedó por la muerte, trabajador incansable en la vida del Señor; doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.*
- *No había más imágenes y así mandó don quijote que las volviesen a cubrir, y dijo a los que las llevaban:*
- *Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo". (Parte II, Cap. LVIII)*

A la hora de penetrar en la espiritualidad de Don Quijote quiero recordar el estupendo diálogo con su escudero acerca de la gloria, de la ambición del amor a la patria, como móviles de las grandes acciones. De improviso le interrumpe Sancho:

- *Y dígame ahora: ¿cuál es más, resucitar a un muerto, o matar a un gigante?*
- *La respuesta está en la mano -respondió Don Quijote-: más es resucitar a un muerto.*
- *Cogido le tengo -dijo Sancho-. Luego la fama del que resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza los cojos y da salud a los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adorando sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo, que las que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes han habido en el mundo.*
- *También confieso esa verdad -respondió Don Quijote...*
- *Quiero decir -dijo Sancho- que nos demos a ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer o antes de ayer -que, según ha poco, se puede decir de esta manera- canonizaron o beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene en gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración que está, según dije, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier Orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endriagos. »*

▪ José Antonio Benito Rodríguez

- *Todo eso es así -respondió Don Quijote-; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería; caballeros santos hay en la gloria.*
- *Sí -respondió Sancho-, pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes».*

Lo primero que afirma el propio autor sobre la religiosidad de su personaje es que, tratándose de una novela, no había por qué abordar *ex profeso* el tema religioso: cosa, por lo demás, bastante obvia. Dice en el prólogo el amigo que le dio la idea para componerlo: «Este vuestro libro, todo él, es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada san Basilio,... *ni tiene para qué predicar a ninguno mezclando lo humano con lo divino...; no hay para qué andar mendigando... consejos de la Divina Escritura*».

Hay un juicio global sobre la religiosidad de la primera parte, que Cervantes pone en labios del bachiller Sansón Carrasco: «...*la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entendimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico*». Y apostilla don Quijote: «A escribir de otra suerte, no fuera escribir verdades sino mentiras» (II, 3). Y poco antes había dicho Sancho: «...que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habían de oír los sordos» (II, 3). Ése era el juicio de Cervantes sobre su novela, incluida la valoración religiosa de la misma que en él se encierra. El propio Sancho sostiene que, «*cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente, en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana*». (II, 8)

Del innegable carácter religioso es la primera tanda de consejos (*Documentos que han de adornar tu alma*), que don Quijote ofrece a Sancho en vísperas de ser gobernador: «Primeramente, ¡oh, hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio, no podrás errar en nada... Muéstrate piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia» (II, 42). Esta vez es el propio Cervantes quien comenta, al principio del capítulo siguiente: «¿Quién oyera el pasado razonamiento de don Quijote que *no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada?*» (II, 43). Tras la segunda tanda de consejos, Sancho, abrumado por su incapacidad reconocida para ser gobernador, confiesa: «Si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; *que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que a todo mi cuerpo...*; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno». Y ahora es don Quijote quien elogia la actitud edificante de su escudero: «Por Dios, Sancho –dijo don Quijote–, que por solas estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas». (II, 43)

Con diversos autores pienso que Cervantes es un laico comprometido, desde su profesión de escritor profano, en el quehacer evangelizador de la Iglesia católica postridentina. Por esta razón, asume la responsabilidad evangelizadora sentida vivamente por los escritores laicos de la España, que, especialmente en tiempos de Felipe II, había vivido el siglo XVI comunitariamente empe-

ñada en la tarea de cristianizar América. Particularmente me gusta la escena en que don Quijote ruega que le dejen solo, porque quería dormir un poco. Después de más de seis horas, como gran contemplativo, despierta exclamando:

- *¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.*

Sorprendida la sobrina, le insiste que le aclare su pensamiento en alta voz: a lo que le responde Don Quijote:

- *Las misericordias, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, [...] que quiero confesarme y hacer mi testamento.*

Bello testimonio que parece emanado del Jubileo de la Misericordia del actual Papa Francisco. M. M Andrés subraya el objetivo de la mística hispana de ver la celestial belleza en el hombre unido a Dios, transformado en él, trasunto de su hermosura, ideal supremo de la misma. Don Quijote concibe a Dulcinea como ideal de belleza y Cervantes a don Quijote como ideal de la caballería. Establece un paralelismo: Si Cervantes condensa al hombre en Don Quijote y Sancho; los místicos lo harán en la persona integrada y en sus acciones más llamativas y aparentemente mas características (ANDRÉS 1994: 447).

5. ESPIRITUALIDAD ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

Constato con el profesor Claudio Sánchez Albornoz que la Reconquista ha sido clave en la historia de España. Tres fueron las tareas o misiones desempeñadas a lo largo de ocho centurias: conquistar, poblar y evangelizar. Esta triple misión termina por dotar a la nación española de una mística, de un espíritu colectivo militante del que participan autoridades y súbditos. Los Reyes Católicos culminaron esta obra de largo aliento que marcó la idiosincrasia de España y de su proyección en América. Los Reyes completan la obra mediante la pacificación interior, logrando el orden frente al bandolerismo, asentando su principio de autoridad, y terminando la reconquista con la toma del reino de Granada en 1492. Paralelamente llevaron a cabo un programa de renovación de la Iglesia a través del nombramiento de obispos, eligiendo a los de mayor condición intelectual y moral, con el establecimiento de la Inquisición en 1478, la expulsión de los judíos en 1498, y la reforma de la vida de los clérigos y religiosos. Su celo por la reforma les valió el título de “católicos” por parte del Papa Alejandro VI en 1496.

Conviene resaltar el “sentido misional” vivido como identidad de un reino que se proyecta. Isabel la Católica, ayudada por Fernando, prudente y sobresaliente líder, supo galvanizar los ánimos de los castellanos en una empresa colectiva entusiasta de la que todos se sentían gozosamente responsables Así nos lo manifiesta M. Andrés: “Un hecho significativo comienza a producirse en España en los últimos años del siglo XV: el despertar de la conciencia de grupo, que se manifiesta

en la valoración de sus acciones frente a las de los antiguos y los extraños, en una confianza cada vez mayor en sus descubrimientos y experiencias. El español toma conciencia cada vez más clara de haber pasado de un estado colectivo de desesperanza, resignación y recepción, al de una decidida voluntad de emprender, de realizar, de descubrir, de expandirse”. (ANDRÉS 1977: 5)

La toma de Granada, fin de la Reconquista o Cruzada Occidental, fue considerada como una compensación a la pérdida de Constantinopla en 1453 por los turcos. De igual modo, América será vista como un premio para la Iglesia en recompensa de tamaña pérdida. Conviene recordar que el sistema jurídico por el que se regulan las relaciones Iglesia-Estado es el de Patronato.

De hecho, un buen número de cronistas contemporáneos enfatizarán cómo las Indias fueron una recompensa divina a la empresa –especialmente la reconquista granadina-de los Reyes Católicos. Así lo expresó P. Sarmiento de Gamboa: “Los Reyes, antecesores de Vuestra Majestad, habían hecho grandes y santas obras extirpando herejes, lanzando los sarracenos de España, edificando templos, hospitales, monasterios y otras muchas obras de caridad y justicia. Por ello, merecieron no sólo el título de católicos, sino aun el que Dios, a quien de corazón servían, les recompensase con bienes temporales en este siglo, escogiéndolos entre todos los reyes del mundo para llevar la fe a América”. (SARMIENTO 1942: 15)

Y más explícitamente, Juan Suárez de Peralta: “...ayudando a esta merced recibida los méritos de los Reyes Católicos y servicio que le hicieron en la conquista de Granada; y echando moros y judíos de España, les ha dado a ellos y su ejército otros más amplios reinos que Egipto y Etiopía, que son estas Indias. Y hase de considerar dos cosas, que es la una que hasta que el reino de Granada fue conquistado no llegó el tiempo que las Indias fuesen descubiertas y conquistadas”. (SUÁREZ 1956: Tratado 20)

La historia de América no se entiende desconectada de la teología. El mismo proyecto colombino fue analizado por la Junta de los Reyes Católicos, formada preferentemente por teólogos. Descubridores, conquistadores, pobladores y evangelizadores, por el mero hecho de ser cristianos, poseían una teología implícita y fueron “chequeados” en su teología práctica por teólogos moralistas. Reyes y papas, virreyes y arzobispos, gobernadores y prelados, alcaldes y párrocos, regidores y doctrineros fueron contemplados en el espejo del Evangelio y el discernimiento de la moral. La plenitud teológica vivida en la península ibérica se proyectó en intrépidos misioneros que desplegaron una gran creatividad a la hora de aplicar su alto nivel teológico y celo por la misión en una realidad nueva. De igual modo, la gente del común, los fieles cristianos llevarán su trasfondo religioso a sus lugares habituales de trabajo, concretándose en cofradías, hermandades, devociones populares.

Junto al cristianismo que traían del Viejo Continente debe estudiarse lo que el Mundo Nuevo les suscita. El misionero vive la experiencia del Nuevo Mundo descubriendo en su ser la dimensión al Dios creador y salvador.

Este formidable encuentro de ida y vuelta llegó a generar en América un método teológico genuino y propio, basado en la realidad nueva, conocida, no sólo de modo directo sino de la mano de las ciencias empíricas, y que unido a la práctica pastoral, le llevará a dar una importancia capital al asunto de la salvación, tanto de los indios como de los propios españoles. La plenitud teológica vivida por la Escuela de Salamanca, con su riqueza humanística utópica y hondura espiritual, al tener que iluminar el gran despliegue evangelizador, necesariamente tuvo que chocar con la realidad cotidiana y someterse a un proceso de verificación que le obligó a trabajar con nuevo ardor, creando nuevos métodos y estrenando distintas estrategias.

De los Colegios Mayores como el de San Gregorio de Valladolid o conventos reformados como el de los franciscanos del Abrojo, en Valladolid, saldrán los más selectos misioneros dominicos y franciscanos como aquellos que Fray Domingo de la Parra pedía a Felipe II “y que sean de Castilla porque están criados en más sujeción y religión”.

Los fines de la Monarquía Católica Hispana de los Reyes Católicos, Carlos I, Felipe II, Felipe III, eran la unidad nacional y la defensa de la Iglesia. En 1609 – en tiempos del rey Felipe III- tuvo lugar la expulsión de los moriscos. De la pragmática se hace eco Cervantes “Heroica resolución del gran Filipo Tercero y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco” (El Quijote, II, LV) .En 1648, la lucha contra la herejía, los protestantes, los turcos, los moriscos, con la paz de Westfalia, España llega al ocaso del Imperio y al auge del protestantismo.

Como destaca uno de los mejores conocedores del periodo, “tanto la Reconquista como el descubrimiento, que parecían milagrosos a los ojos de los españoles contemporáneos, eran en realidad un resultado lógico de las aspiraciones y tradiciones de una época anterior que quedaban ahora firmemente selladas por el éxito”. (ELLIOT 1973: 41) Tales ideales se vivirán en Perú de la mano de esta obra inmortal. Así lo reconoce el doctor Javier Prado: “Espíritu inmortal de Cervantes! ¡Con justicia la intuición fiel de tu pueblo siente tu gloria incomparable, y encarna en tu genio el alma y la lengua de su raza!” (PRADO 1918: 29). El polígrafo José de la Riva Agüero presenta la obra como “escuela de heroísmo y de hondo nacionalismo ...útil para el Perú, para la regeneración de nuestro carácter étnico y el mejoramiento de las presentes circunstancias”. RIVA-AGÜERO 1963:16)

Por su parte, como fruto de su estudio basado en Unamuno, Pfandl y Menéndez Pelayo, subrayará cómo “los valores del cristianismo: la realidad trascendente y la dignidad del hombre, conviven con el realismo profundo del pueblo español, que encarna Sancho, quien acaba por contagiarse de quijotismo. El ideal caballeresco es el de los cruzados, el de los místicos y el de los apóstoles...El ‘Quijote’ será, según la frase inmortal de Menéndez y Pelayo, la fiesta del espíritu cuyas antorchas no se apagarán jamás”. (BELAUNDE 1993: 39)

La espiritualidad creó una conciencia clara de fe militante que traspasó la vida española y superó los moldes italianos y clásicos, la herencia judía y musulmana (ANDRÉS 1994:74). El mismo Cervantes se hace portador de estos sentimientos: “Se verá España entera y maciza en la religión cristiana, que ella sola es rincón del mundo donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo”.⁷

A pesar de la decadencia política, en la cultura y en la espiritualidad vive España su gran momento. Cabe destacar el humanismo de Alcalá y pedagogos como Luis Vives y el nuevo escolasticismo de Salamanca con F. Vitoria a la cabeza, quien sustituye las “Sentencias” de Pedro lombardo por la “Suma” de Santo Tomás, Melchor Cano, Domingo y Pedro de Soto, Pedro de Sotomayor, dominicos salmantinos. Entre los jesuitas, junto a los teólogos citados de Trento, Láinez y Salmerón, Gabriel Vázquez, Juan Maldonado, Francisco Suárez. Otros serán Martín de Azpilcueta, Doctor Navarro, Diego de Covarruvias, Antonio Agustín, de derecho. Juan Ginés de Sepúlveda, Gaspar Cardillo de Villalpando, Gregorio de Valencia son los grandes polemistas contra el protestantismo; en cuestiones de gracia, los dominicos Bartolomé de Medina, Domingo Báñez, Juan de Santo Tomás y Luis de Molina.

Se han catalogado 1.200 obras espirituales en el arco cronológico que se extiende desde el año 1485 a 1750 y que contaron con un humus propio que las hizo florecer, convirtiéndose en el “esfuerzo más audaz de cristianización a fondo del mundo del renacimiento humanista”.⁸ Su presencia se vislumbra en muchas de “las decisiones personales y sociales de nuestro pasado común a ambas orillas del Atlántico”. En su obra nos ofrece con ciencia, amenidad y unción, las fuentes literarias en las que colmaron su sed espiritual los españoles de la península y de ultramar.

La mística busca la “vida de perfección cristiana y de unión con Dios, la de sus autores, ideas, itinerarios, movimientos, polémicas y relaciones con el mundo circundante”. Destaca la síntesis entre la lucha ascética y la unión amorosa con Dios que lanza a un compromiso con el hombre. La mística española es activa, “es una lírica de peregrino, de caminante, de varón de deseos. Tiene la melancolía de la búsqueda, la alegría del encuentro y la seguridad del triunfo en medio de grandes purificaciones y pruebas”. Se hace palpable al comprobar los títulos de sus obras: guía, camino, sendero, ejercicio...”por el que el hombre camina y se libera de todo lo que es medio, busca lo que es fin y experimenta lo único que permanece, el amor como servicio a Dios y a los hombres”, tal como expresa san Ignacio en el “principio y fundamento” de sus Ejercicios Espirituales.

7

Persiles y Segismundo. Ed. Aguilar, Madrid, 1965, p.1661.

8

Ha sido el profesor Melquiades ANDRÉS Martín quien ha escrito *Historia de la mística de la edad de oro en España y América* y *Los místicos de la Edad de oro en España y América. Antología*.

Fernando Rielo consideraba que Cervantes da el paso de la novela a la mística. Más allá de una ética religiosa (RIELO 1982: 152).

A principios del siglo XVI surge la primera floración con los franciscanos a la cabeza. Con Francisco de Osuna y su “Tercer abecedario espiritual”; Bernardino de Laredo, Diego de Estella, Juan de los Ángeles, San Pedro de Alcántara. A mediados de siglo destaca el dominico Fr. Luis de Granada, autor de “Memorial de la vida cristiana”, “Guía de pecadores”, “De la oración y de la meditación”, “Introducción al símbolo de la fe”. Junto a él el gran san Juan de Ávila, quien levanta el nivel espiritual del pueblo, dirige sacerdotes y escribe los grandes tratados “Audi filia”, “Cartas”, “Tratados de reforma”. Los jesuitas con los Ejercicios de San Ignacio y otros tratadistas como San Alfonso Rodríguez, Luis de la Puente, Luis de la Palma, Eusebio de Nieremberg. Los agustinos, Santo Tomás de Villanueva, Luis de Montoya, Alonso de Orozco, Fra. Luis de León con obras destacadas como “Los nombres de Cristo”.

La mística de la Edad de Oro abrió nuevos moldes de entrega a Dios y a los hombres por amor y llega al culmen con Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Bajó a las raíces del hombre concreto y, desde la gratuidad y libertad, voló hacia lo universal y divino. Ahí reside su grandeza y perenne actualidad. Es una gozosa realidad el que la lengua castellana, pese a contar con figuras señeras como Juan de la Cruz o Teresa de Jesús, la mística no se recluye en cenáculos reducidos sino que hay un sentido proyectivo universal en todo tipo de trabajos. “Hablan de pucheros, de tarros de farmacia, de acarrear leña, de libros de biblioteca, de utensilios de cocina, de cultivo de la huerta, de aprender lenguas indígenas, de enseñar catecismo y silabario, artes y oficios, asignaturas universitarias, reglas para vivir en sociedad y en iglesia”. Llama la atención su ponderado equilibrio entre la contemplación y la acción. Lejos de la negra predestinación luterana y calvinista afirma la posibilidad humana de dar respuesta libre a la llamada de Dios, sabiendo que no todo depende de sí mismo. Al mismo tiempo se distancia del quietismo de los alumbrados que hasta llega a eliminar el deseo de la propia salvación. Manifiesta un horizonte de esperanza al constatar que, si la mística fue decisiva en la buena suerte del siglo de oro español, en la sociedad actual repleta de nubarrones puede aportar su pasada grandeza dotándola de perenne actualidad.

Este sentimiento religioso se palpa no sólo en los autores espirituales sino en todos los literatos como Calderón, Lope, Tirso de Molina, Quevedo y hasta en Cervantes. En la calle, se habla de teología, se “consume” hasta en el teatro como en los autos sacramentales. Una simpática y representativa muestra es la *Relación de las Fiestas que se celebraron en la corte de Pausa por la nueva de proveimiento de virrey en la persona del marqués de Montesclaros, cuyo grande aficionado es el corregidor de este partido, que las hizo y fue el mantenedor de una sortija celebrada con tanta majestad y pompa, que ha dado motivo a no dejar en silencio sus particularidades* (1607).

Es una época de grandes santos. Tomás de Villanueva, Ignacio, Juan de Dios, José de Calasanz, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Juan de Ávila, Pedro Claver, Francisco Solano, Luis Beltrán, Toribio Mogrovejo, Francisco Javier, Mártires del Japón, Pascual Bailón, Alonso Rodríguez, Alonso

de Orozco, Simón Rojas, Miguel Mañara... Tal floración cristiana impregna todos los sectores sociales como el mismo arte: arquitectura isabelina, plateresco, manierismo, barroco. Como dice el historiador F. Martín, “el barroco es como una explosión de alegría y del triunfo de la fe, que si del Renacimiento retiene la alegre seguridad de la vida terrestre, del manierismo anterior recoge la profundidad cristiana y la tendencia a lo trascendente”. (MARTÍN 1982:125)

Como toda novedad y todo encuentro, éste también supuso -en términos generales- una inyección de ilusión colectiva que se concretó en una desbordante creatividad tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. Fray Luis de León, consciente de la densidad histórica del momento, en su célebre obra *Los nombres de Cristo* anotó:

“Y lo que pasó entonces, en toda la redondez del orbe romano, pasó en la edad de nuestros padres y pasa ahora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado; en el cual, desplegando por él su victoriosa bandera la palabra del Evangelio, destierra pon doquiera que pasa la adoración de los ídolos”.⁹

Santa Teresa de Jesús se hace portavoz de la benéfica influencia de misioneros que, como el P. Alonso Maldonado de Buendía, vienen a América y regresan a España renovados en su espíritu misionero:

Comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina e hizonos un sermón y plática animando a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas que no cabía en mí: fuime a una ermita con hartas lágrimas, clamaba a nuestro Señor; suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio [...]. Había gran envidia a los que podían por amor de nuestro Señor emplearse en esto aunque pasasen mil muertes. Y así me acaece que, cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia, que todos los servicios que le podamos hacer”. (Fundaciones I, 7)

El humanismo y antropocentrismo de la cultura renacentista permiten ubicar las constantes de la teología (doctrinal y pastoral) en América: la preocupación por defender la humanidad de los indios y la igualdad de derechos con los blancos (reconociendo al mismo tiempo la general incapacidad para percibir esto mismo en el negro y, en consecuencia, denunciar su esclavitud); el carácter utópico de propuestas que tendía a configurar la naciente iglesia de las Indias como si fuese el renacimiento de la iglesia primitiva (“nueva cristiandad de las Indias” repetía Santo Toribio); la preocupación por incluir las cuestiones y problemas de la vida cotidiana en la temática normal de la reflexión teológica académica. Por todo ello, se hizo evidente lo que continuamente repetía José de Acosta:

⁹

Capítulo “Brazo de Dios”.

“Por tanto, si no hay algunos teólogos insignes y acabados que guíen a los demás y los alumbren con el resplandor de su doctrina, sin duda toda la causa de la religión sufrirá gran detrimento en las Indias”. (De procuranda indorum salute, Cap.11)

Tal es el parecer de Cervantes: “Estos tales libros como la “Luz del alma” de Felipe Meneses, aunque hay muchos, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que los usan y son menester infinitas luces para tratos desalumbrados”. (El Quijote, II, c.62)

6. CONCLUSIÓN: CUANDO LA REALIDAD SUPERA A LA FANTASÍA VALE UN PERÚ

Nos recuerda nuestro simpático e irreverente tradicionalista Ricardo Palma que uno de los ejemplares de “El Quijote” de 1606 era para Santo Toribio. Pero, el santo arzobispo ya había descansado en paz pues había fallecido meses antes, en el norte de Perú. Sin embargo, y voy a terminar con su memoria, él fue el Quijote de carne y hueso de nuestra tierra. Veamos. El Sancho es Sancho Dávila, el escudero del prelado Mogrovejo por 52 años, desde el tiempo en que le sirvió cuando fue nombrado inquisidor en Granada: “al cual recibió por paje y le dio escuela y estudio y anduvo con él por todo el Reino de España cuando salió a despedirse de SM y de sus consejos, cuando le presentaron por Arzobispo de esta ciudad y en la Villa de Madrid, y de allí a Mayorga a despedirse de su madre, tíos y parientes, caminando siempre con él y en su servicio este testigo...sin faltarle un punto”. Nadie como él conocerá las apasionantes aventuras del santo hidalgo arzobispo, de quien destaca su vida austera, sin regalos: “No recibió regalo ni valor de una manzana, desde que fue proveído por Inquisidor hasta que murió, de persona alguna ni jamás comió fuera de su casa, aunque en Madrid, yendo a despedirse de Su Majestad, para venir a estos reinos le convidaron muchos oidores amigos suyos y concolegas de sus Colegios y de ninguna manera aceptó convite ni regalo”.

El Dr. Fernando de Guzmán, maestrescuela de la Catedral, primer rector del Seminario y tres veces rector de la Universidad de San Marcos, y muy cercano al Santo, declarará en 1630 que siempre iba “tratando a sus súbditos con suma llaneza y amor de Padre y Pastor, siempre con un rostro alegre y unas entrañas de ángel”. Nuestro Quijote vivió sin mancha o, como dicen los testigos en el proceso: “La sinceridad y candidez de su ánima fue tanta que en alma tan limpia nunca cupo mala sospecha de nadie ni creía mal que le dijesen de otro, antes volvía por todos y les defendía con modo santo y discreto”.

Nuestro Sancho y nuestro Quijote protagonizaron aventuras sin cuento. Aquí, la primera, relatada por el propio Sancho en el testimonio dado para la beatificación en 1631:

Fue un vivo retrato de los santos en toda su vida y acciones y fue [...] aclamado por Santo, y Siervo de Dios y de vida inculpable. Y sabe este testigo que andando visitando la provincia de Moyobamba en este Arzobispado, trescientas leguas de esta ciudad, que es a la orilla del río Marañón, en compañía y servicio del Sr. Arzobispo y teniendo noticia que en unos pueblos contiguos que estaban despoblados se habían queda-

do algunos indios cimarrones y delincuentes, por estar ocultos y no queriendo venir a reconocer sus curas ni a [...] determinó ir allá, no habiendo descubierto camino por donde ir por ser montañas y no había. Fue desde la ciudad de Moyobamba hasta el pueblo de los Naranjos y de allí al pueblo de los Olleros, a pie más de 30 leguas, por ríos, ciénagas y montañas, solo a buscar aquellos indios cimarrones que tiene dicho y a doctrinarlos y confirmarlos y sacarlos y reducirlos adonde pudiesen tener curas que les administrasen los Sacramentos y halló en los dichos pueblos más de cien ánimas, entre chicos y grandes, unos de más de 20 años por bautizar y otros de más de 80 de los que allí se habían quedado. Bautizólos por su persona, confirmólos a todos, sacó los que pudo por buenas razones adonde estaba el cura que los doctrinase y yendo a los pueblos por la montaña, ríos, ciénagas y lodos, ayunando como ayunaba, a pie descalzo, porque en los dichos ríos y ciénagas se quedaban los zapatos y medias y aun los pellejos de los pies. Vino a desmayarse y a quedar sin vigor ni fuerza ninguna y los indios que con este testigo iban con los ornamentos para decir misa y con los óleos y crisma para confirmar y bautizar, viéndole desmayado, tendido en el suelo que no hablaba, tomaron un palo largo de la montaña y con tres o cuatro mantas de los dichos indios -le ataron a manera de andas y le cargaron, lloviendo gran suma de agua del cielo y ríos del suelo y caminaron a alcanzar a este testigo que se había adelantado y cuando llegaron, preguntando por su amo este testigo a los dichos indios, le dijeron en su lengua manquan que quiere decir en la castellana "ya murió".

Este testigo sacó lumbre de unos palos que en la montaña había, sin yesca ni pedernal y hizo candela. Este testigo solo con los dichos indios, porque los demás criados no habían llegado y le cercó de lumbre alrededor y con un paño de una almohada de su cama, que en las andas iba, calentándolo fuertemente y refregándole el corazón y pecho y lo demás del cuerpo, vino a tomar calor y hablar, al cabo de dos horas, con tanta alegría y como si no hubiera pasado nada por él [...]ni cenó nada, lo uno porque ayunaba... y lo otro, como no era tierra poblada sino montaña, no había cosa que comer. Durmió aquella noche en el suelo en la dicha montaña que no – había horado ni peñas donde meterse, mas que gran cantidad de osos y leones y monos, tan grandes como carneros. Y al fin amaneció y era día de fiesta y iban llegando los criados, poco a poco, descalzos y bien mojados y con todo esto, armaron en la montaña debajo de unos árboles, una barbacoa; hecha de palos y cañas y con los fieltros y capotes, hicieron un cerco a manera de capilla y dijo misa Su Señoría Ilma. como si no hubiera pasado nada por él y ¡volviendo a caminar por la montaña hasta llegar a un pueblo que llamaban los Olleros. (BENITO 2005: Introducción)

A Sancho Dávila nunca le saldrá “panza” pues la penitencia y la austeridad del Prelado no permitía tales “excesos”. Y nuestro Don Quijote, Santo Toribio, vivirá siempre sin mancha, su lema era “antes reventar que cometer un pecado venial”. Como sucedió a la pareja inmortalizada por Cervantes, hubo entre uno y otro una permanente trasfusión espiritual, una amistad entrañable, hasta llegar a decir que Sancho se qui jotiza y Don Quijote se torna un poco Sancho. En nuestro Sancho se da una fidelidad inquebrantable, un cariño filial, una admiración respetuosa de estar en contacto permanente con un santo; en nuestro Santo una confianza extraordinaria y un afecto cordial de padre y pastor.

Nuestro protagonista es de la misma generación histórica que Miguel de Cervantes y el jesuita Diego Torres Bollo que presentó dos *Memoriales* en defensa de los indios al nuevo presidente del Consejo de Indias, D. Pedro Fernández de Castro. Era éste biznieto de San Francisco de Borja, y el mayor mecenas de las letras españolas por haber prestado el más decidido apoyo al autor de *Don Quijote de la Mancha*, cuyo primer ejemplar viajó a principios de 1605, unos meses más

tarde que Torres, a la América hispana con destino precisamente al conde de Monterrey, de cuyas manos moribundas pasó al autor de la *Cristiada*. Fray Diego de Hojeda, que le asistió en la hora de su muerte. Nos lo evidencia el célebre tradicionalista Ricardo Palma al hablarnos del primer ejemplar recibido en Lima:

*Llevaba poco menos de catorce meses en el desempeño del cargo de virrey del Perú don Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca, conde de Monterrey, cuando a fines de diciembre de 1605, llegó al Callao el galeón de Acapulco, y por él recibió su excelencia un libro que un su amigo le remitía de México con carta en que le recomendaba, como lectura muy entretenida, esta novela que acababa de publicarse en Madrid y que estaba siendo en la coronada villa tema fecundo de conversación en los salones más cultos y dando pábulo a la murmuración callejera en las gradas de San Felipe el Real. Desgraciadamente, el virrey se encontraba enfermo en cama, y con dolencia de tal gravedad que lo arrastró al hoyo dos meses más tarde. A visitar al doliente compatriota y amigo estuvo fray Diego de Ojeda, religioso de muchas campanillas en la Recoleta dominica y al que la posteridad admira como autor del poema *La Cristiada*. Encontrando al enfermo un tanto aliviado, conversaron sobre las noticias y cosas de México, de cuyo virreinato había sido el conde de Monterrey trasladado al del Perú. Su excelencia habló del libro recibido y de la recomendación del amigo para que se le deleitase con su lectura... En el mes de marzo, y a pocos días del fallecimiento de su excelencia, llegó el cajón de España - como si dijéramos hoy la valija de Europa -, trayendo seis ejemplares del *Quijote*: uno para el virrey ya difunto; otro para el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo, que también había pasado a mejor vida en el pueblo de Saña, siete u ocho días después que su excelencia, y los cuatro ejemplares restantes para aristocráticos. Fue en 1607, durante unos juegos organizados en Pausa, un pequeño asiento minero que hoy forma parte del territorio de Ayacucho. Los juegos fueron organizados para recibir al Marqués de Montesclaros, sucesor del fallecido Conde de Monterrey. Pedro de Salamanca, a la sazón corregidor de Pausa, fue el encargado de poner en escena las celebraciones.*

La aparición del célebre caballero fue retratada así por un cronista anónimo, citado por Leonard: “(...) asomé por la plaza el Caballero de la Triste Figura don Quiote de la Mancha, tan al natural y propio de cómo le pintan en su libro, que dio grandísimo gusto verle. Venía caballero en un caballo flaco muy parecido a su Rocinante, con unas calcitas del año de uno, y una cota muy mohosa, morrión con mucha plumería de gallos, cuello del dozavo, y la máscara muy a propósito de lo que representaba”.

*Pero no solamente desfilaron por Pausa el caballero y su escudero; lo hicieron también algunos personajes de la obra, como el cura y el barbero y la princesa Micomicona. Como se ve, la recepción que tuvo el *Quijote* en estas tierras fue muy favorable. Tanto el hidalgo como su fiel escudero se convirtieron en personajes muy populares, que nunca dejarían de hacerse presentes en las mascaradas y desfiles coloniales (PALMA 1952; 51-55).*

Sin forzar mucho la realidad, la aventura de don Alfonso Toribio Mogrovejo nos lleva a pensar en la inmortal obra cervantina; el hidalgo quijotesco de la Tierra de Campos, con su escudero Sancho Dávila y su rocín de nombre volteadora, hizo posible el sueño de Cervantes, hizo real la utopía indiana que Vitoria y la Escuela Salmantina diseñaran en las cátedras universitarias. Si el documento postsinodal *Ecclesia in America* señala rotundamente que “la expresión y los mejores frutos de la identidad cristiana de América son sus santos” (n.14), puedo concluir que estos revolucionarios del amor fueron más allá en su vida real que don Quijote en su sueños.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ALBORG, J.L. Juan Luis. 1983. *Historia de la literatura española*. Madrid: Gredos
- ALVAR, Carlos (dir.). 2005. *Gran enciclopedia cervantina*. Madrid: Centro de Estudios Cervantinos-Castalia, 2005-2006-2008-2010 (v. 8)
- ANDRÉS, M. 1977. *Historia de la Teología Española en el siglo XVI*: tomo II, Madrid
- ANDRÉS, M. 1994. *Historia de la mística de la edad de oro en España y América*. Madrid, BAC.
- ANDRÉS, M. 1996. *Los místicos de la Edad de oro en España y América*. Antología Madrid, BAC.
- ARELLANO, I. y Duilio Ayalamacedo y James Iffland (eds.). 2016, *El «Quijote» desde América (Segunda Parte)*, New York, IDEA, col. «Batihoja», 24 (Serie «Estudios Indianos», 3).
- BASAVE, A. 2005. *Filosofía del Quijote: (un estudio de antropología axiológica)*. Arbil [http://www.iespana.es/revista-arbil/\(62\)basa.htm](http://www.iespana.es/revista-arbil/(62)basa.htm)
- BELAUNDE, V.A. 1993, *Obras Completas. VI. La síntesis viviente-Palabras de fe*. PUCP-Riva-Agüero.
- BENITO, J.A. 2005. *Santo Toribio, Misionero y Pasto*.
<http://www.arzobispadodelima.org/santos/storibio/pdf/storibio.pdf>
- BOTELLO LÓPEZ-CANTI, J. 2016. *Cervantes, Felipe II y la España del Siglo de Oro*. 2016. Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, , ISBN 978-84-8489-978-5 (Iberoamericana) y 978-3-95487-523-8 (Vervuert)
- CALANCHA, A. de la. 1938. “Crónica moralizada del orden de San Agustín en el Perú” Cap. I, cit. en *Los cronistas de convento*. Selección de Pedro M. Benvenuto Murrieta y G. Lohmann Villena, Desclée de Brouwer, París.
- CERVANTES, Miguel de. 1965. *Persiles y Segismundo*. Madrid: Ed. Aguilar.
- CROSAS, F. 2005. “Don Quijote, ¿cree en Dios? La cabeza y el sentir de su autor son cristianos?”. Revista *Palabra* Madrid, nº 502, Noviembre, 59-62.
- EGUREN, J.M. 1974. Publicado en *La Prensa* del 23 de abril de 1931, en *Obras Completas* (Mosca Azul, Lima).

- ELLIOT, J. 1973. *La España Imperial*. Barcelona: Vicens-Vives.
- GARCÍA DE LA SANTA, T. 2005. *La Mancha y Don Quijote* (Manuscrito).
- LAÍN ENTRALGO, P. 1986. “La convivencia entre Don Quijote y Sancho” *Cuadernos Hispano-americanos* n° 430, abril, pp. 27-35, Madrid.
- LEÓN PINELO, Antonio de. 1943. *El Paraíso en el Nuevo Mundo: comentario apologético, historia natural y peregrina de las Islas Occidentales, islas de Tierra firme (sic) del Mar Océano*. Lima: Edición de Raúl Porras Barrenechea, Torres Aguirre.
- MARIÁTEGUI, J.C. 1987. *La Prensa del 23-4-1916*, recogido en *Escritos Juveniles, la edad de piedra*. Lima: Empresa editora Amauta.
- MARTÍNEZ MATA, Emilio. 2008. *Cervantes comenta el «Quijote»*, prólogo de Anthony Close. Madrid: Cátedra.
- MATA INDURÁIN, C. 2016. *Recreaciones quijotescas y cervantinas en las artes. Cervantes y su obra*, Pamplona, Eunsa, n° 63 Colección «Anejos de Rilce».
- MONTERO, J. 2005. *El Quijote durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*. Universidad, Valladolid.
- MORÓN, C. 2005. *Para entender el Quijote*. Madrid: Rialp.
- MUÑOZ IGLESIAS, S. 1989. *Lo religioso en el Quijote*. Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo.
- MURIAS DE ALLER, Eduardo y REY HAZAS, Antonio. 2006. *Cervantes: un escritor en busca de libertad*. Barcelona: Vicens Vives.
- ORTEGA Y RUBIO, Juan. 2011. *Cervantes en Valladolid*, A Coruña: Orbigo.
- PALMA, R. 1952. «Sobre el Quijote en América». *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar.
- PFANDL, L. 1933. *Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro*. Madrid.
- PRADO, J. 1918. «Cervantes y el Quijote», en *El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú*. Lima: Imprenta del Estado.

RIELO, F. 1982. *Teoría del Quijote. Su mística hispánica*. Madrid: Porrúa.

RIQUER, M. de. 1970. *Aproximación al Quijote*. Madrid: Salvat Editores.

RIQUER, M. de 2003. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: El Acantilado.

RIQUER I MORERA, Martí de. 2010. *Para leer a Cervantes*, Barcelona: Acantilado.

RIVA AGÜERO, J. de la. 1963. “Cervantes” pp.5-16. *Obras completas de José de la Riva-Agüero*. III. Estudios de Literatura Universal. Lima, PUCP, 1963.

RUFFINATTO, Aldo. 2015. *Dedicado a Cervantes*. Madrid: Sial.

SÁNCHEZ-GEY, J. 1997. “El quijote de Fernando Rielo: Una nueva visión literaria” *Rev. Religión y Cultura* XLIII, 395-403.

SÁNCHEZ, L. A.; JIMÉNEZ BORJA, J; TAMAYO, A; BELTROY, M; GABRIEL. 1948. J «Cervantes, síntesis de la cultura española», 4. ° *Centenario de Cervantes*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, págs. 29-35.

SARMIENTO DE GAMBOA, P. 1956. *Historia de los Incas*. Buenos Aires, 1942, 15. Cit. en Pedro Borges “El sentido trascendente del Descubrimiento”. *Missionalia Hispánica*. Madrid 1956, nº 37, pp.141-177.

SUÁREZ DE PERALTA, J. 1956. *Tratado 20*. Cit. en Pedro Borges “El sentido trascendente del Descubrimiento”. *Missionalia Hispánica*. Madrid 1956, nº 37. Pp.141-177.

TRAPIELLO, Andrés de. 2004. *Las vidas de Miguel de Cervantes*, prólogo de J. J. Armas Marcelo, Barcelona, Folio.

TRAPIELLO, A. 2015. *Don Quijote de la Mancha*. Miguel de Cervantes. Madrid: Destino.

UNAMUNO, M. de. 1904. *Vida de Don Quijote y Sancho*.

VALLEJO, C. 1939. *España, aparta de mí este cáliz*. Madrid.